

Diablotexto *Digital*



ANTONIO PRAENA: *HISTORIA DE UN ALMA*
Colección Visor de Poesía, Madrid, 2017, 86 pp.

JUAN PABLO ZAPATER
POETA

*Extático es lo bello;
tan sólo quien se pierde le da alcance,
quien nada de sí mismo ya persigue
y en pura rendición encuentra el gozo
de no buscarse más que en lo que huye.*

Con estos declarativos versos comienza el autor Antonio Praena (Purullena, Granada, 1973) el primero de los poemas de su *Historia de un alma*, libro con el que ha obtenido tres importantes reconocimientos en muy poco tiempo: el XXVII Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma, el Premio Andalucía de la Crítica y el Premio de la Crítica Valenciana. Se da el caso de que Praena, granadino de nacimiento, reside y desarrolla su vida profesional y literaria desde hace unos cuantos años en la capital del Turia, lo que legitima, más allá de la indiscutible calidad de su obra, la concesión de estos dos últimos galardones citados.

Esos cinco versos a los que me refería al principio definen en buena medida algunas de las claves significativas de la poesía de su autor: la aceptación de la belleza como algo irrenunciable, la condición humana que nos lleva a tratar de alcanzarla, aun corriendo el riesgo de perdernos en el intento, y la paz y el gozo interior que supone la aceptación de lo inútil de entablar una



absurda cruzada ascética en contra de nuestra propia naturaleza, es decir, en contra de nosotros mismos.

Desde sus primeros libros de poemas, titulados *Humo verde* (Amarú ediciones, Salamanca, 2003) y *Poemas para mi hermana* (Rialp, Madrid 2007), Antonio Praena ya elevaba elegantemente su voz por encima de los farisaicos muros que ha levantado la sociedad que nos ha tocado vivir. Reclamaba y proclamaba con su irrupción poética que la llamada de la vocación religiosa que sentía no podía ser un freno ni un obstáculo para expresar lo que de forma inevitable ardía en su interior, como demuestra este fragmento extractado precisamente de *Humo verde*:

Y pensar que nadie desabrochará mi camisa
con manos de paloma,
ni hará caracoles en el vello de mi pecho
porque ya tengo un amor que es Todo y Nada...
Y saber que soy un guerrero
que reza como un almendro.

De esa decidida y valiente manera afrontaba el poeta granadino sus iniciales escauceos con la poesía que, finalmente y como veremos, se ha convertido para él en un cauce perfecto para hacer avanzar ese caudal impetuoso que fluye por sus venas y que no quiere asentarse en la confortable placidez del estancamiento. Por eso, poco tiempo después, escribiría y publicaría su tercer libro, *Actos de amor*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía José Hierro del año 2011 (Editorial Universidad Popular 2012). En él, además de un evidente giro formal –cuidado exquisito en cuanto a la utilización de la métrica y el ritmo– con respecto a sus dos entregas anteriores, también se observaba una evolución en la actitud del autor, un paso más allá que se veía reflejado en la diversidad de registros todavía no mostrados en sus obras precedentes y en los contrastes de los tonos, a veces duros, a veces tiernos, que fueron conscientemente elegidos para según qué textos de entre los que se incluyen dentro de las cuatro partes y el prólogo final en que se divide el libro. Basten dos ejemplos:



Me fui fuera de ti
para poder volver un día
curado de la bestia que me ocupa.
He vuelto a la cordura y me he perdido.
He vuelto a la cordura y estoy muerto.

Te doy lo que no tengo: aquí va todo.
Libértame de mí, méteme dentro.
Gozoso de perder, gano la vida.
Entrando en tu pupila, nazco entero.

Después llegaría el cuarto volumen de poemas publicado por Antonio Praena, *Yo he querido ser grúa muchas veces*, que resultó galardonado con el XXVI Premio Tiflos de Poesía (Colección Visor 2013). Este singular endecasílabo que da título al libro y despierta la lógica curiosidad de todo aquel que en él se detiene, hace referencia, en palabras propias del autor, al paralelismo que estas máquinas de la construcción tienen con el alma humana ya que, al igual que ella, encuentran su espacio natural entre el cielo y la tierra. Más aún, si nos fijamos en los símbolos que se repiten a lo largo del poemario, nos daremos cuenta de que el aire, los pájaros, los aviones o el vuelo están presentes en muchas de sus páginas, compartiendo ese mismo paisaje urbano que ocupan diariamente las altas grúas:

Yo he querido ser grúa muchas veces,
recibir la nevada antes que el mundo,
los pájaros, los rayos matutinos,
y ser desmantelado cuando acabe
la obra en la que elevo humilde carga.

Versos como estos escribía Praena en un libro que significó en su momento un rotundo avance hacia algunas de las propuestas éticas y estéticas que ya hemos apuntado al referirnos a su obra anterior, una obra que venía mostrando un decir poético que compaginaba sin brusquedad visiones del pasado con imágenes del rabioso presente, que reunía de forma armoniosa lo espiritual con lo material, lo trascendente con lo cotidiano.

Pero Antonio Praena no estaba dispuesto a quedarse ahí, en esa balsa de aceite que cierto sector de la crítica poética definía, casi siempre



positivamente, como una moderna “mística de lo humano”. Y debió surgir entonces la idea de desafiarse a sí mismo, de plantearse un nuevo poemario que rompiera definitivamente con las medias tintas –que ya de por sí en ocasiones resultaban tintas audaces– y empezar a escribir esta *Historia de un alma*, obra que sin duda ha marcado un antes y un después en la trayectoria del poeta.

Ya encontramos alguna pista previa de lo que iba a sobrevenir en poemas concretos de su libro inmediatamente anterior, *Yo he querido ser grúa muchas veces*, como en aquel titulado “Stripper virtual” en el que un ser desnuda su cuerpo frente a la web-cam para pasearlo ante los ojos de una desconocida, o en aquel otro titulado “Dedicatoria”, donde el narrador poético mostraba su agradecimiento infinito a una taxista anónima madrileña que lo llevó hasta el hotel, tras una larga noche de juerga y de pecado. Sin embargo, en *Historia de un alma* el desafío textual alcanza una dimensión distinta, global, integradora, porque estamos hablando de la creación por parte del autor de un sujeto poético que va a estar imponiendo su presencia en gran parte de las páginas del libro y que, desde su punto de observación privilegiado, nos va a transmitir su ácida visión sobre la propia vida y sobre la carga moral –o la ausencia de ella– que rige en esos submundos clandestinos entre los que él mismo se mueve. Un ser descreído, tan parecido a muchos de los que conviven a nuestro alrededor, que nos va a atrapar y subyugar literariamente con su descarnado discurso desde los primeros poemas que leamos, como con el que lleva por título “Comebolsas”:

Las he visto muy jóvenes
montarse con un viejo en un Mercedes
camino de una noche más oscura.
A mí, si soy sincero,
las que visten peor me ponen mucho.
Un hotel de extrarradio les parece gran cosa.
Jamás se han visto en otra y es la tuya;
medio gramo y ya vuelan,
dos gramos y te dejan medio muerto.

Esta aparente mezcla de superioridad y cinismo que reflejan las palabras usadas por el protagonista de la historia se ve contundentemente



compensada con la auténtica intrahistoria que desvela la atenta lectura del poemario. Los versos se suceden y en ellos abundan las profundas consideraciones acerca de la esencia del ser humano, de su dudar existencial, de su frágil naturaleza de ídolo con pies de barro. Tras la primera y durísima parte del libro llamada “Éxtasis”, nos aguardan los poemas de la siguiente sección denominada “Arte”, no menos trasgresora aunque sí más analítica y reflexiva. “Nuestra vida es la copia / de un texto original / que jamás ha existido”, nos dice Praena lanzando una sentencia que nos sitúa directamente tras la sombra de los barrotes del nihilismo, otro de los argumentos recurrentes del libro, donde aparecen continuas referencias a ese pensar filosófico, combinado en ocasiones con el hedonismo más salvaje: “El sufrimiento es algo sobrevalorado. / No merece más líneas. / Un invento político, una excusa del arte. / Pero la vida no es el arte. /... Sólo existe el placer. / Si alguien sufriera de verdad / jamás nos lo habría dicho”.

El tercer tramo de poemas de esta *Historia de un alma* aparece encabezado por la palabra “Viril” y una escogida cita de Nietzsche: “*La mentira más común es aquella con la que un hombre se engaña a sí mismo. Engañar a los demás es un defecto relativamente vano*”. Aquí la imaginación sexual toma cuerpo y alma a la vez, la idea del hombre/dios que a través de su propia farsa colma su imponente vacío creyéndose capaz de devolver el espíritu perdido a quienes se relacionan carnalmente con él, queda patente en poemas como “Signa temporum”, “Cuero” y en especial en el titulado “Alma”, auténtica lección de dominio y seducción que alcanza en sus últimos versos un clímax de absoluto delirio, de suprema elevación de su protagonista -al estilo de un moderno Calígula- a la categoría de divinidad.

Cinco textos componen la penúltima sección del poemario titulada “Belleza”, donde Praena vuelve a cuestionar el supuesto orden del mundo reflexionando, desde la voz enmascarada del personaje que nos habla, acerca de la cruel contraposición entre hermosura y fealdad, y de la indispensable existencia de esta última como sostén del peso que equilibra nuestras propias vidas. Nada es ajeno a nadie, los grandes pecadores y los santos están demasiado cerca como para levantar barreras, como para ser arrinconados en guetos existenciales distintos. La belleza y el espanto conviven y deben



convivir juntos, porque en absoluto se estorban, antes al contrario, se necesitan.

Y así llegamos al capítulo final del libro, “Las ruinas de la historia”, y en cada uno de los poemas que pueden leerse en él reconocemos a un Praena que tiende finalmente a desnudarse de la provocadora apariencia mantenida a lo largo de la mayor parte de las páginas de esta *Historia de un alma*, para vestir su voz con un tono más meditativo; no menos duro, pero sí más humano. El nihilismo no abandona la esencia de lo que se dice, ni siquiera se le da cancha a la esperanza más allá de saberla un atributo que nace de la propia flaqueza del ser (“*Lo que no llega esperamos, / lo que jamás va a llegar / porque ya ha sucedido / y es el fin de la historia*”). Vivamos, pues, ahuyentando nuestros miedos y a la vez gozando de todo aquello que se nos ha cedido temporalmente y de lo que no somos dueños, aunque sí gloriosos usufructuarios:

Mi humillada esperanza:
Volvamos a Berlín,
hagamos el amor entre las ruinas,
celebrems desnudos
sobre el césped del Reichstag
la historia mal escrita de los cuerpos,
la gloria de la carne,
la única batalla en que ha triunfado
la eterna vocación de unir el mundo.

No podemos ni queremos ser los hijos de una teoría moral mal entendida, no debemos autocensurarnos ni dejar que otros nos censuren en nombre de un proteccionismo que en el fondo a quien más beneficia es a nuestros supuestos protectores. La grandeza y la miseria del arte, la belleza y la fealdad, la alegre y triste naturaleza que sustancia nuestras almas es la única verdad posible. Eso parece decirnos Antonio Praena en esta *Historia de un alma*, y por eso se sirve de lo mejor y de lo peor que hay en nosotros mismos. Los paraísos y los infiernos no están en el más allá, están en los días y en las noches que se suceden en el luminoso lugar y en el oscuro tiempo en que acontecen nuestras pasajeras vidas.